

por el Espíritu de Dios, como nos enseña la Doctrina cristiana, con lo que todo se explica y se ordena como en un claro mediodía.

La ciencia infatuada y soberbia, que caracterizaba el siglo XIX, pasó. Los sabios de nuestros días son más humildes. El tipo de estadista político, también soberbio e infatuado, que se sentía capaz de resolver por sí mismo todos los problemas, va pasando igualmente. Era rarísimo hace cincuenta años el político y el gobernante, que hablaba de Dios, que contaba con Dios, que pedía luces a Dios y ponía en Dios sus esperanzas. Hoy ocurre precisamente lo contrario, que es rarísimo el que con Dios no cuente, o por lo menos no le nombre, con más o menos profundidad de convicción y sentimientos y más o menos eficacia en orden a su propia conducta. Los hombres vuelven a Dios, desengañados y convictos de su propia impotencia, sobre todo los más altos, sobre todos los mejores.

Las masas, las muchedumbres, vendrán después. Que ésta es su ley: seguir el camino, que desde arriba se les traza. Y ya comienzan esas mismas muchedumbres a sentirse hastiadas de tanta materia y tanto fango. Por eso hasta los más opuestos sistemas se visten ya con trajes de absolutísimo filosófico y cuasireligioso misticismo.

¡Qué momento más oportuno, Señor!... ¡Qué momento más oportuno para lanzar al mundo una pléyade de apóstoles, de ansiosos y esforzados trabajadores de la viña del Señor, de obreros activísimos, que vayan recogiendo en las eternas trojes del gran Rey la abundantísima cosecha, con que ya comienzan a blanquear los campos!...

¡Señor, Señor, atiéndenos! ¡Envía trabajadores a tu viña! ¡Danos muchos santos y sacerdotes!

* * *

Y si el *fin* de la revista es altísimo y nobilísimo y el *momento* de su aparición de oportunidad suma y flagrante, el *medio*, que se propone apenas se concibe que pueda ser más apto y apropiado. Para promover la santidad sacerdotal, como siempre que se trata de mover los corazones, pueden más los ejemplos que las palabras. Y ejemplo vivo de santidad sacerdotal, de celo apostólico, de espíritu misionero es, como muy pocos en la Historia de la Iglesia, el Beato